

AGLAE

(P O E S I A)



CORDOBA - SEPTIEMBRE - 1952

AGLAE

Editor:

MANUEL ALVAREZ ORTEGA

Redacción y Administración:

Escultor Alvares - Santa Paula. - Córdoba

SUMARIO



Pedro Pérez-Clotet.....	<i>Canciones</i>
Pablo Cabañas.....	<i>Lejos</i>
Jesús Juan Garcés.....	<i>Poema</i>
Manuel Alvarez Ortega.....	<i>Alguna vez volveré a tí</i>
Pura Vázquez.....	<i>Paisaje de escarcha en un cristal</i>
Luis López Anglada.....	<i>Dorada canción</i>
Manuel Pinillos.....	<i>Poco a poco la muerte</i>
Vicente Carrasco.....	<i>Muerte</i>
Stefan George.....	<i>El camino del colono</i>
José Luis Cano.....	<i>Hormigas junto a la bahía</i>

PEDRO PEREZ-CLOTET

CANCIONES

I

La muerte, no; el silencio
que en nuestra voz más íntima resuena.

La muerte, no; el misterio
que nuestra luz más clara reverbera.

La muerte, no; que aún busca
dónde imprimir sus inmortales huellas.

2

Flor del alba, en el aire luz fugitiva,
cómo en tu frágil ala vuela mi vida.

Ruiseñor de la noche, fúlgida estrella,
cómo queréis que viva, cómo que muera.

Y tú, alma—dulce vida—, cómo me adviertes
—¡oh, flor, pájaro, estrella!—lo que es la muerte.

PABLO CABAÑAS

LEJOS

1

Porque me falta tu voz, creo
que ya me sobran las palabras.

Las otras voces me confunden.
(¿Para qué, amor, he de escucharlas?).

Oigo gritar al viento antiguo
sobre las tierras y las aguas.

Oigo gemir al árbol viejo
crujiendo siempre resonancias.

Porque me falta tu voz, creo
que ya no entiendo otras palabras.

2

El horizonte está alejado
y se ilumina con cristales.

Hasta las yemas de mis dedos
el alba viene a visitarme,

aunque ya sé que será inútil
su claridad interrogante.

Si sólo quiero en mi vivir
el perfume del paisaje

y la distancia me enajena,
es mi delicia recordarte.

3

La lejanía es tan difícil
de percibir desde el ignoto

lugar de espera en que me tienes,
Argos del tiempo, en abandono.

Cercando enigmas, desvelando
lentos recuerdos van mis ojos

y ya no sé si tienen forma
las latitudes de mi asombro.

JESUS JUAN GARCES

POEMA

Volver por ver parado como un río o un pájaro
eso que me distrae, lo nunca cuando llegue
o esa palabra prisa tan de pronto encendida.
¡Ah, intacto todo, intacto!

La palpitante angustia, la tiniebla escapada,
la mirada antigua, el relámpago del nombre
¡Ah, intacto todo, intacto!

Súbitos hundimientos, tiempo que no sospechas,
querer, querer de plumas, cuerpo roto en pedazos,
y el tuyo arriba, arriba, melancólicamente.

Perfectas se levantan, por los aires inmóviles,
sin color ni sonido, tus manos viajeras.
¡Ah, intacto todo, intacto!

Aquí, bajo la noche y su bosque cerrado,
evoco tu palabra y tu color amargo.

MANUEL ALVAREZ ORTEGA

ALGUNA VEZ VOLVERÉ A TÍ

Alguna vez, con tu muerte, volveré a tí:
al lecho que remueve tu carne cercenada.
Boca a boca un instante
grabaré mi historia solitaria,
mis días de miseria y pan roído
en la nombrada tierra.
Tú no sabrás mi herida,
mi lágrima borrada por el tiempo,
ni siquiera ese son mutilado que tan dulce
se me pega a los labios.
Ignorarás por siempre qué designio
me cerca callado con su sombra,
qué insalvable llanura
me deja golpe a golpe la resina
de su innombrable canto.

Oh, puedo romper tu mundo,
las cosas que guardaste al fondo de los años,
aquella luz mortal y tu ferviente llanto
sonando entre las redes de un triste olor marino;
la máscara podrida
y la semilla seca cayendo fiel al surco
con un gesto de sangre
parada de repente.

¿Cómo olvidar la mansa caricia de tus aguas
pasando confidentes mi garganta,

tu sal y tu impasible arena
ceída entre mi piel como una boca?

Separo tu grandeza, la púrpura alejada
de aquellos corios días que murieron
en medio de tanta desdicha.
Y elijo tu destino:
esa puerta de ramas que ya ardieron
recordando lo estéril de un abrazo,
ese patio de luna aullada por los perros,
con la muerte montada en el alero
y una música de cañas
sonando entre los muros que el salitre
con su sabor consigna.

No, no digas que no puede la lluvia revivirte,
que un sólo reino de insectos
será siempre tu memoria.
No digas que tu propio escombros
es un himno macabro que no cesa,
un aluvión que inunda de pobreza tus venas,
ese golfo de furia sellado con la imagen
de un sexo ensordecido.
Aún puedo ser tu amante
y el tiempo tu perdido hijo.
Recuérdalo.

Pues aquí nuestra miseria vive
apartada del humo inexorable que nos liga
a tanto despiadado día,
a solas, con el corazón perdido,
oyendo sonreír a los muertos que saben tu leyenda
por el roce indiferente de mis labios.

PURA VAZQUEZ

PAISAJE DE ESCARCHA EN UN CRISTAL

¡Qué florecer rotundo en los cristales,
de diminutas selvas diamantinas!
(No. No es azul ni cielo ese que finge
a su través la tela de la escarcha).

Es un paisaje vivo, con sus árboles
y su flora polar, blanca y efimera,
con nubes y con soles palpitantes
sorprendiéndome en claras madrugadas.

Son mis ojos las aves remadoras
de su aire de sonrisa, poseído
tras el párpado en luz de mi ventana.

Y es la silente confusión de bosques
en el desnudo mundo transparente,
un estallante canto por las flores
y las islas de llanto del rocío.

Hermosísima fuga esperanzada
hacia lunas eternas, desprendidas,
mojadas aún de auroras, que me invaden
frente al sueño fugaz de mi ventana.

LUIS LOPEZ ANGLADA

DORADA CANCION

VII

(Fragmentos)

Entre la muchedumbre estamos juntos.
Miramos. Qué ha ocurrido?

Se vuelven algunos ojos,
nos explican: Aquí mismo
fué...

¿Qué fué?

Todo está claro,

fué...

¡Qué más dá! El Mundo vivo
el Mundo devorador,
el Mundo fugaz. El último
instante del Mundo habrá
esto también. Es lo mismo.

Entre la muchedumbre estamos juntos
tú y yo. Esto es lo ocurrido.

VIII

Vivimos
corazón a corazón,
muro a muro, sitio a sitio.

Te digo: —El tiempo es difícil...

Y la angustia se hace un íntimo
problema para los dos.

Te digo: —Me nació un nido
negro de desesperanza...

Y hasta el miedo se hace tibio
pasando de pecho a pecho,
compartido.

Te digo...

Y no de espaldas al Mundo.

En él Tú y yo, sumergidos.

IX

Un día
vamos haciendo un recuento
de felicidad.

¿Te acuerdas?

Y en qué poco aquel recuerdo.
En qué nada
que apenas puesta en los labios
se ha deshecho.

Entre los dos cuántas nadas
y qué fuego
quemándonos incesante,
en silencio.

Y en estas nadas fundamos
un destino. Así, entre objetos

que vimos juntos, paisajes
contemplados desde lejos,
ruidos que los dos oímos,
sueños,
miedos.

¡Y con qué poco rebosa
la felicidad!

Con esto
de estar juntos
y con tantas nada dentro.

X

Otro día
suena por la calle el viento.

Una muralla de frío
cerca la casa.

Allá lejos,
tras de la noche, está el Mundo
hirviendo
de amigos, de teorías,
de angustias y amor concretos.

Pero, ¡qué lejos!

Aquí en casa,
amurallados del viento
que golpea, los dos solos,
los dos quietos,
los dos.

Tú y yo.

Fuera, el viento.

MANUEL PINILLOS

POCO A POCO LA MUERTE

Y que fácil dolor y qué desnudo gozo,
y qué belleza firme condicionarte al cabo.
Declino mi añoranza. Quererte no me salva.
No es buena tu tristeza de enfermizo cansancio,
quedarse sobre tu hombro quietamente ofrecido.

No te deseo. Vengas contra mi voluntad.
Y sin embargo este hondo latido en que te mueves.
¡Cuántas veces he amado así! Con la dulce
latitud que me dejas de cosa apenas dada,
un roce suavemente y en los labios tu cuerpo.

La muerte un poco, y ser, sentirse entero y ancho.
Todo lo hermoso, altivo, duele cuando penetra,
ensancha cuando oprime. Lo mejor de la muerte
es ir a ella, no hundirse en su seno, en sus olas:
caminar por sus aguas como el ave de espuma.

Vida intensa, morir en cada día. Estarse
sintiendo declinar con la fuerza tremenda
del ocaso. Oh tú, sol por las venas. Bogante
arbolada en donde ahora tránsito silencioso,
suavemente mecido por tu hermosura última.

Nunca querré morir, siempre morir un poco
es bueno por cambiar la impetuosa herencia.
Bello poniente en medio del cual aún más se apura
el alma de las cosas, ese irse dejando
en que quedan como ala que los dedos, ay, sienten
extinguirse cuando algo de su oro se dejan.

VICENTE CARRASCO

MUERTE

Sólo a tí no te quiero, mujer deshabitada.
Te secaron el vientre y los senos a un tiempo;
y, estéril, vas dejando por alcobas y nidos
un silencio que enfría las frentes ardorosas.

Desterrada en el árbol de la noche, es tu mundo
abisal un contorno donde habitan las sombras.
Yo te esquivo en el brazo que tu angustia me tiende
y te anego en las luces cenitales que esquivas.

Arropada en tu niebla, junto a huecos sombríos,
te he sentido buscándome con velada insistencia,
y he cruzado, sereno, sin apenas rozarte,
tu largo pasadizo de cuerpos que se hunden.

El penetrante hielo de tus manos me cerca,
pero a la puerta misma de mi pecho se funde.
¡Nunca seré quien te abra mis salas obsequiosas!
Te abandono en el viento, cerrando mis ventanas.

ESTEFAN GEORGE

EL CAMINO DEL COLONO

Así ninguna flecha de luz pudo engañarle:
las que en estrecha trenza con azote de hielo
quisieron apartarle de todos los senderos
ahora le circundan la frente en blando viento.

«Aléjate de mí, por unas horas, celda.
Jamás en tus batallas encuentro recompensa,
como un resplandor rojo y azul en blanca hierba.
Oh, cómo se adormece mi sentido en la paz».

Suavemente le turba del sol el rojo brillo.
Sigue los claros árboles sin encontrar cansancio
y sin conocimiento de un final doloroso.
Y de nuevo se encuentra en el antiguo valle.

«Ofrecen, mientras danzan, lazos de viva purpura.
Tengo un pie en el camino y no sé decidirme.
El helado despojo de mi alma encendieron.
Odiándolas me quemo en el ansia de asirlas.

Algo mi vista hiere en la pequeña cumbre.
Es un arco ascendente con figuras de luz
que no detienen nunca su paso nobilísimo
y mi voz desconocen mientras van escapando.

Antaño fui formando (en mi tenaz venganza),
según el albedrío, rostros, ojos y labios.

Con desprecio grité, de gozo rodeado:
¡Qué mezquina y risible es toda la hermosura!

Mi pena ansía ahora todos los blancos rostros.
A causa de unas cejas ahora estoy cegado.
Las pestañas hicieron diferente a mi espíritu,
las pestañas y un brazo ricamente enjoyado».

¿Abandonará hoy el lugar del dolor,
tan pronto eternas flores se cubran de rocío,
enlazado en la danza con las rojas mujeres,
ligero, jubiloso, con ardiente alegría?

¿Nuevamente querrá, privado del placer,
apartarse de aquello que un día repudió
y dejando la vida de los libros amigos
llegar al silencioso dominio de los sueños?

(Es casi inútil hablar del gran lírico alemán Stefan George, a quien tanto debe la poesía contemporánea. Sin embargo, son escasas sus traducciones españolas, en parte por la dificultad que su interpretación entraña.

Nacido en Badesheim en 1868 y muerto en Locarno en 1933, su vida es una continuidad de devotas actitudes poéticas, en unos años en que parecían más nobles que las vitales.

Su obra se inicia dentro de un claro simbolismo, para desembocar más tarde, siempre con un concepto aristocrático del verso, en una poesía principalmente religiosa, metafísica y social.

Sus obras principales: «Hymnen», «Pilgerfahrten», «Algalal», «Der siebente Ring», «Der Stern des Bundes», «Der Krieg», «Das neue Reich».

Trad. y nota de Alfonso Pintó)

HORMIGAS JUNTO A LA BAHIA

Apenas el bronco levante, con sus altas mareas, ha dejado en la playa una broza húmeda y sucia, junto a despojos de las algas doradas, cuando un tropel de hormigas playeras sale de su escondrijo entre las rocas.

Enérgicas y delicadas, como guerreros del Renacimiento, parecen tener alas en su ingrátido y negro cuerpecillo. A lo largo del día, bajo el arco lento y poderoso del sol de julio, se diría que vuelan dislocadas y ardientes, sobre el polvo finísimo de una arena blanca y seca. No gustan de aproximarse a la orilla, sin duda temen a esas lentas olas sonoras del levante mediterráneo. Antes buscan su alimento o su deseo a través de la broza amontonada en desorden, deslizándose por las grises piedras resbaladizas, al borde de los acantilados, donde abejarrucos de alas verdes y azules tienen sus nidos.

Con su especie de polisón negrísimo, esbeltamente erguidas sobre los hilos invisibles de sus patas, estas dulces hormigas costeras son veloces y estóicas, como seres de un mundo desierto y calcinado, que se tiene que valer a sí mismo. Hay que reconocerlas únicos soberanos de estas playas recónditas, donde el sol estrella con fuerza su palma de fuego. ¿Quién osaría disputarles el título?

El bañista solitario que vanamente aspira a enterrar su nostalgia en la arena donde esconde su rostro, apenas merece su atención. Para ellas, como acaso para él mismo, no es sino una errante montaña vencida. En su locura viajera y graciosa, rebasan con indiferencia la colina brillante del pecho, recorren las finas avenidas de los brazos que yacen abandonados a su

peso, para regresar de nuevo hacia el hueco del vientre, y de allí, en una vertiginosa carrera, alcanzar la punta elevada de los pies, donde el más ligero e involuntario terremoto las hará caer de nuevo a la arena

Ellas no saben nada del gigante que yace inmóvil junto a la orilla: es una esfinge acaso sin secreto. Se han acostumbrado a su presencia matinal, melancólico huésped de la orilla, y él, por su parte, las deja hacer, las contempla a veces, y apenas las siente recorrer, sino como una leve caricia, su oscura, fina piel tendida al sol.

Y esos otros seres diminutos, también testigos de esas soledades, las saltarinas pulgas de mar—saltones de tocino, como las llaman los chaveas del Playazo—nietas remotas de los camarones, pero con su misma piel sucia y gelatinosa, ¿a qué aspiran sino a buscar, bajo la arena apretada y húmeda en que se entierran, el descanso de una sombra penetrante, fresca y ahogada como la huella viva del mar que canta enfrente?

A todo lo largo del Playazo, y más allá, hasta la playa de los Ladrillos, se las puede encontrar, viajeras incansables, a estas hormigas playeras que aman el sol. Pero solo contemplándolas durante horas enteras, siguiéndolas en sus viajes y en sus trabajos, solo conociendo su vida activa y febril de los meses cálidos, llegaréis a saber de su sutil dominio sobre la arena. El secreto de este dominio, más que en la ausencia de otros habitantes de las playas, está en su propia materia negra y sutil como mimbre quemado, que las hace inmunes al fuego solar, veloces como el aire marino, dueñas y seguras de sí mismas.

En esa materia, a un tiempo dura y frágil de su negro esqueleto, encuentran ellas su fuerza y su dominio. Cuando un soplo ligero de aire las lanza a distancia, aturdiéndolas momentáneamente, al instante saben reponerse, irguiéndose sobre sus patas traseras, y siguiendo, sin rencor y sin pereza, el viaje inverosímil.

Ellas no temen al aire ni al sol. Sólo temen a la noche. Pero aman también el frescor de la tierra honda y reparadora, los atardeceres serenos de poniente. Su mundo es breve y ancho,

como el del recuerdo. Desprecian la piel del hombre, demasiado blanca y fría, y en sus finos corredores de invierno, sueñan con la lluvia iluminada de abril, con los primeros verdos de la primavera andaluza. Inmóviles y silenciosas, en su oscuro y fresco mundo invernal, esperan impacientes que la tierra morena y empapada se seque, para salir de nuevo al aire del estío, a gozar de la primavera marina, con la misma ilusión que pone ese pobre poeta que las contempla estático, mientras sus manos juegan con la arena, aún fría.

JOSE LUIS CANO

LIBROS

La soledad y el recuerdo, de Jacinto López Gorgé. Colección «Ifach». Alicante.

«La soledad y el recuerdo» es ese conjunto de poemas emocionados que todo poeta va haciendo a lo largo de sus primeras andanzas por el campo de la Poesía, y que al final, tras una selección más o menos exigente, da en un libro fácil, sin grandes pretensiones. Sin embargo, «La soledad y el recuerdo» se salva de ser ese libro primero—tan frecuente—que nace muerto, sin sangre ya ni aliento, por una justa cualidad: su sencillez. Jacinto López Gorgé se puso a cantar, cuando lo hizo, sencillamente, con una voz limpia y suave, oyendo, eso sí, el eco más dulce de Machado. Así, sus poemas son una visión íntima de las cosas y de los seres que en su soledad y en su recuerdo le rodean, un puro mensaje de amistad aquilatada y comprendida. Poesía sincera, en fin, con un poso nostálgico, esperanzado, que llega a ganar al lector de manera lenta y continuada a medida que se adentra en el libro.

Demasiado ángeles, de Manuel Pinillos. Col. «Ambito», Gerona.

Este libro puede considerarse, hasta cierto punto, como una continuación de «Sentado sobre el suelo», el anteriormente publicado por Pinillos en la colección «Almenara», de Zaragoza. Pero aquí el mundo poético que ya iniciaba en aquel libro, más entrañable e íntimo, se encuentra traspasado de una gravedad, de una rigidez—y aquí está su mayor defecto—que hace, a veces, que el poema se nos niegue, en parte. Porque lo que Pinillos ha puesto en «Demasiado ángeles» es todo ese trasfondo angustioso que en el hombre de hoy late, esa duda que azota el espíritu de todo descontento de su finalidad cósmica. Y esto dicho en un continuo diálogo con sí mismo, escuchando su palabra más honda, dejando oír lo que clama por la verdad del hombre que en él se congrega. En realidad en el libro hay entremezcladas dos corrientes que, podría decirse, divergentes. Una, intimista, evocadora—sirvan de ejemplo el poema «A mi abuelo Julián»—, en chocho continuo con aquella otra desgarrada y de mayor ímpetu—«Intermedio», «Pregunta a cualquiera»—. No obstante, contra lo que pudiera creerse, esa divergencia no rompe el clima que envuelve a quien se adentra en sus páginas, si bien complementa y da la medida total del poeta que es Manuel Pinillos.

Los Oficios, de Eduardo Moreiras. Col. «Mensajes de Poesía». Vigo.

He aquí, en germen, lo que podrían ser tres libros diferentes. Tres bellos libros. «Los Oficios», «La amante» y «Ladrón de fuego». Porque si en este volumen existe una verdadera coordinación, un justo enlace, en esencia existe también una trinidad argumental. Así, en el primero de ellos sería todo un mundo de humilde materia, fáciles herramientas pendiendo

de los labios de un poeta: los sencillos oficios, el cotidiano vivir de oscuros seres que la vida roza con su mano más leve. En el segundo se nos hablaría de un melancólico amor, una fugaz desdicha conseguida con la amante, la pasión, el olvido, una siembra de ternura, cerne y alma vencida. Y al fin, ese ladrón de belleza—tercero—profundo y grave, dulce y triste como la vida. Hermoso libro este de Moreiras, libro fácil, penetrable, traspasado de la mejor poesía. Pues Moreiras, al vertir aquí su aliento más sincero, no hace sino darnos una muestra vigorosa más de ese caudal hondo, sencillo y palpitante que es su verso. Si hay que señalar algún ligero fallo, éste será formal, ya que, en ocasiones—pocas—el verso parece estar quebrado caprichosamente, rompiendo el ritmo natural que le sustenta. El libro, bellamente impreso, lleva ilustraciones de Rafael Álvarez Ortega y un dibujo de Laxeiro.

Dante et Mahomet, de Armando Troni. «Quaderni di Cultura». Palermo.

Una aportación más, aunque breve, a la profusa biografía dantesca. Siguiendo los caminos de la escatología musulmana en la «Divina Comedia»—recordemos a su iniciador, nuestro Asín Palacios—, Armando Troni, traza un escueto bosquejo de las influencias del viaje ultraterreno de Mahoma sobre la creación del poema fundamental del Alighieri. Todo para llegar a una conclusión: las causas que mueven al poeta florentino para situar al Profeta del Islam en unos endecasílabos de su obra, condenado a un tremendo castigo simbólico. Recusa Troni las teorías de algunos críticos—Ricci, Caetani— a este respecto, y corona su rápida disquisición afirmando que la aversión de Dante por el «joven Bann-Abd-al-Muttalid que hablaba de Dios», es debida únicamente a una divergencia de puntos de vista e intereses políticos. El interés del estudio radica principalmente en la novedad de la tesis, novedad que, por otra parte, no lo es tanto: recuérdese a Louis Gillet, entre otros. Hay unos párrafos sobre la proximidad ética y universal del cristianismo y el mahometismo, apoyada en razonamientos algo superficiales.

SUSCRIPTORES DE HONOR DE A G L A E

Rafael Balsera del Pino	Mariano Amo de la Linde
Joaquín de Entrambasaguas	Carmen Vilella
Octavio Díaz Pinés	Miguel Aguirre
Martín M. ^a de Arrizubieta	Antonio Morales Jiménez
Luis Jiménez Martos	Emilio Más Norte
Antonio Palomares	Benigno Santino
Juan Bernier	Victoria Gotor
Alfonso Sola Alcalde	Pedro Pozo Alejo
Juan Rodríguez Doreste	Pedro Pérez-Clotet
Fernando Sendra	Francisco Poyatos